

DIA XXVIII.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES PRISCO, MALGO, Y ALEJANDRO, en Cesarea de Palestina, los cuales en la persecución de Valeriano, viviendo en un arrabal de aquella ciudad, y conociendo que en ella se proponían las coronas del martirio, encendidos de un ardiente zelo de la fe, de su propio motivo se presentaron al juez, reprendiéndolo valerosamente de la crueldad con que trataba á los cristianos; por lo cual el juez mandó que inmediatamente los echasen á las fieras para que los devorasen.

LOS SANTOS MÁRTIRES CASTOR Y DOROTEO, en Tarso de Cilicia. (Sufrieron el martirio, al parecer, durante el siglo III del cristianismo, en Tarso, metrópoli nobilísima de Cilicia. Se ignora la naturalidad de estos santos y géneros de tormentos que sufrieron.)

LOS SANTOS MÁRTIRES ROGATO, SUCESO Y OTROS DIEZ Y SEIS, en el Africa.

SAN SIXTO III, papa y confesor, en Roma. (*Véase su vida en este día.*)

SAN ESPERANZA, abad, en Norsa, hombre de maravillosa paciencia, cuya alma cuando él espiró, vieron todos los monges subir al cielo en figura de paloma.

LA MUERTE DE SAN GONTRAN, rey de Francia, en Chalon de Borgoña en Francia, el cual se entregó con tal fervor á los ejercicios de piedad, que renunciando las pompas del siglo, distribuyó todos sus tesoros á la Iglesia y á los pobres.

SAN SIXTO, PAPA.

SAN Sixto, papa, tercero de este nombre, fué romano. Nació hácia el fin del siglo IV. El zelo con que combatió las herejías de su tiempo, aun cuando no era mas que presbítero, y la honra de ser elevado al sacerdocio en un tiempo en que solamente se ascendía á esta alta dignidad por los méritos de una notoria virtud, acreditan la que ya tenía cuando jóven, y los progresos que había hecho en la ciencia de los santos.

Conociendo los pelagianos cuanta honra aumentaría á su partido el nombre solo del presbítero Sixto si llegase á publicar que seguía sus errores, osaron alabarse con aquella avilantez, ó aquel descaró en mentir que es tan comun en los sectarios, de que le tenían por protector y como por jefe de su doctrina. Entendiólo nuestro Santo, y desengañó luego al público. No solamente anatematizó el pelagianismo en presencia de todo el pueblo, sino



S. SIXTO PAPA.

que refutó sólidamente en sus epístolas los dogmas de aquellos herejes, y con el terror de las leyes imperiales que solicitó, estrechó á muchos de ellos á abjurar sus errores. Habiendo publicado el papa Zósimo su célebre epístola sobre la condenacion de Pelagio, la acompañó con otras dos de nuestro Sixto, una á Aurelio, obispo de Cartago, y otra á S. Agustin, el cual le escribió otras dos sobre el mismo asunto, congratulándole por el zelo que mostraba contra los pelagianos.

No podemos explicaros, le dice en la primera, el gozo que nos ha causado vuestra carta. No contento con leer la que escribisteis al santo obispo Aurelio, hice sacar muchas copias de ella, para que estendidas en el público, fuesen notorios á todos vuestros piadosos dictámenes sobre los perniciosos dogmas que tiran á aniquilar la divina gracia que concede Dios á los grandes y á los pequeños. Aun con mayor satisfaccion lei el escelente libro que compusisteis en defensa de la gracia de Jesucristo, y hago cuanto puedo para que le lea todo el mundo. Porque ¿puede haber lectura mas grata que una defensa tan pura y tan castiza de la gracia de Dios contra sus declarados enemigos, y esto por la misma boca de aquel á quien ellos proclamaban como á su protector y corifeo? Ex ore ejus, qui eorumdem inimicorum magni momenti patronus antè jactabatur. En la segunda carta da S. Agustin la enhorabuena á S. Sixto de haber sido el primero que condenó públicamente los errores de Pelagio, cuando todavía no era mas que presbítero.

Muerto el papa S. Celestino se creyó que no podia señalársele mas digno sucesor que á nuestro Sixto. Y así fué elevado al pontificado el día 26 de abril del año 432 con aplauso tan general del clero y pueblo, que apenas habia memoria de otro igual.

Luego que se vió en la silla de S. Pedro, dedicó todos sus desvelos á estirpar las perniciosas herejías, que no obstante estar todavía como en la cuna, hacian gemir á toda la santa Iglesia.

El año de 430 habia sido condenado en Roma por S. Celestino el impío heresiarca Nestorio, y el año 431 lo habia sido en Efe-so por el concilio general, que deponiéndole de su silla abacial, le desterró al monasterio de S. Eupropio en Antioquía. Compadecido S. Sixto, como buen pastor, de aquella oveja enferma y descarriada, procuró curarla y reducirla al aprisco de la fe; pero tan inútilmente; que aquel infeliz heresiarca y sus parciales, abusando de la dulzura y de la benignidad con que el Santo le habia escrito, tuvieron aliento para publicar que no les era contrario. Presto se desengañó el público de esta grosera calumnia; porque después que Juan de Antioquía abandonó el partido de

Nestorio, S. Sixto escribió á éste y á S. Cirilo cartas de congratulacion, exhortándolos á trabajar en la conversion de los herejes, á recibir con caridad á los que de buena fe se redujesen al gremio de la religion; pero á que se mostrasen severos é inexorables con los que perseverasen tercos en sus errores. Es verisímil que despues de estas cartas del santo pontífice, obstinándose el infeliz Nestorio en su impiedad, fué sacado de su monasterio, y conducido á su destierro, donde murió desgraciadamente sin seña alguna de arrepentimiento. Dicese que antes de morir se le llenó la lengua de asquerosísimos gusanos, los cuales se la despedazaban, en castigo sin duda de las blasfemias que habia vomitado contra la santísima Virgen, á la cual nunca quiso reconocer, ni llamar Madre de Dios.

Siendo nuestro Santo enemigo tan declarado de los herejes, no era posible estuviese á cubierto de sus acostumbradas calumnias. Hasta entonces solamente se habian atrevido á desacreditar su doctrina; despues tuvo desvergüenza la osadía para atrevérsela á la pureza de sus costumbres. Un miserable hombre, llamado Baso, persona de calidad, pero casi sin religion, acusó á Sixto de cierto delito enorme. Era la acusacion tan atroz, é hizose tan pública, y metió tanto ruido, que para atajar el escándalo creyó el emperador Valentiniano era necesario convocar un concilio, donde fuese jurídicamente declarada la inocencia del santo pontífice, y se le restituyese solemnemente su honor. Juntóse un concilio compuesto de cincuenta y seis obispos, examinóse la causa, hizose patente la inocencia de Sixto, y convencido de calumnia el acusador, fué declarado como tal por sentencia definitiva, y canónicamente escomulgado. Indignáronse tanto contra él así el emperador como su madre la emperatriz Placida, que despues de haberle desterrado, confiscaron todos sus bienes á beneficio de la Iglesia. Tres meses despues murió Baso con señales de grande arrepentimiento; y el caritativo Sixto le asistió con grande amor en su última enfermedad, le absolvió de la escomunion, le administró el santo Viático, y con sus propias manos le dió eclesiástica sepultura.

No es fácil esplicar el ardor y el activo zelo con que el vigilante pontífice se aplicó á sufocar en la cuna las perniciosas novedades que nacia cada dia, resucitando en la Iglesia el primitivo fervor, y renovando el vigor de la disciplina eclesiástica. La iglesia de Ravena le debe la dicha de haber logrado por obispo á S. Pedro Crisólogo, cuya virtud conoció nuestro Santo por divina revelacion.

Deseando con ansia ambiciosa Juliano de Eclana, famoso pela-

giano, ser restituido á la silla episcopal, de que habia sido justisimamente depuesto y despojado, fingiéndose convertido, se valió de todo género de artificios para persuadirse á S. Sixto; pero descubriendo el Santo entre aquellas aparentes esterioridades la malignidad de aquel hereje embustero y disimulado, se mantuvo siempre inflexible.

No contento con la solicitud pastoral con que atendia á las necesidades de todas las iglesias, y los inmensos afanes que le costaba el desvelo de socorrer á todas, halló fondos para enriquecer con prodigiosa magnificencia y liberalidad á las iglesias de Roma; prueba grande de su dilatado corazon y de su piedad eminente.

Por la tierna devocion que profesaba á la santísima Virgen, se movió á reparar la antigua basilica de Liberio, que se llamó despues Sta. María la mayor. Enriquecióla con un altar de plata maciza, con gran número de cálices, de candeleros, de incensarios, de coronas y de otros vasos de oro y plata de subidísimo precios y la dotó con una renta perpetua de setecientos veinte y nueve sueldos de oro anuales, dándola en fin todos los vasos necesario, para el baptisterio, todos de plata. A la iglesia de S. Pedro regaló un ornamento de plata de peso de cuatrocientas libras. En la de S. Lorenzo erigió columnas de pórfido y de plata, adornándola con una primorosa balaustrada, y con una estatua del Santo de mucho coste. En fin, son pocas las iglesias antiguas de Roma donde no se conserven grandes monumentos de la munificencia de este gran pontífice; el cual, despues de haber gobernado con prudencia consumada la silla de S. Pedro cerca de ocho años, edificando á la Iglesia con sus heróicas virtudes, y con su vasto y fervoroso zelo, siendo tan odiado de los herejes, como venerado y amado de los católicos, murió en Roma el año 440. Fué enterrado su santo cuerpo en la catacumba de S. Lorenzo, sobre el camino de Tivoli, y tuvo por sucesor en el pontificado a S. Leon el Grande, que habia sido como discípulo suyo.

LA TRASLACION DE SAN INDALECIO.

A fines del siglo XI, reinando en Aragon y Pamplona el piadosísimo rey D. Sancho Ramirez, siendo D. Sancho abad del real monasterio de S. Juan de la Peña del orden de S. Benito que está junto á Jaca, fué trasladado á aquella casa el cuerpo de S. Indalecio, obispo de Urci, y uno de los siete apóstolicos de que varias veces hemos hablado. El caso pasó de esta manera: Este prelado, persona muy noble, á quien los obispos

de aquel tiempo llaman varon santísimo, recomendable tambien por la embajada que de parte del rey de Aragon hizo al papa Gregorio VII, entre otras prendas que de él se refieren, era notablemente aficionado á la veneracion de las santas reliquias, y suspiraba por enriquecer con ellas su monasterio. Habiendo sabido que el cuerpo de S. Indalecio se hallaba junto á Almeria, en tierra dominada de Moros, sin acobardarse con la dificultad de la empresa, ardia en deseo de llevarlo á su casa. Andando el abad D. Sancho en estos pensamientos, pasó por S. Juan de la Peña un deudo suyo, caballero muy principal, llamado D. García, que desde Murcia pasaba á visitar el cuerpo del apóstol Santiago. Manifestóle sus deseos, y le rogó que ayudase á ellos; y D. García prometió hacer cuanto estuviere de su parte para satisfacer su piedad. Y á su vuelta de Santiago llevó consigo para este fin dos monges de aquella casa, Evancio que era sagristan, y García.

A su llegada á Murcia halló que los reyes moros de Sevilla, y de Almeria que habia dejado en paz y confederados, andaban ya en pendencia muy trabada por cierto pueblo que el de Almeria usurpó al de Sevilla. Y este rey para recobrarlo llamó á D. García en su ayuda; y los dos religiosos de S. Juan de la Peña aprovechando tan buena ocasion, le acompañaron en esta jornada. Llegaron á Paschena ó Pechina, pueblo distante de Almeria poco mas de una legua, en cuyo templo decian estar las reliquias de S. Indalecio, trasladadas allí cuando los Moros destruyeron la ciudad de Urci, ó sea cuando Abderramen movió aquella persecucion suya contra los cuerpos de los Santos el año 777. Los monges iban y venian al templo rogando á Dios muy encarecidamente que les descubriese este rico tesoro. Y una noche estando durmiendo Evancio, se le apareció un gallardo mancebo, y levantando su mano derecha le dijo que mirase á la parte donde señalaba, que era detrás de un altar á la mano derecha, y en el sitio donde se veia una llama, allí encontraria el sepulcro de S. Indalecio. En el discurso de este misterioso sueño vió en la iglesia un viejo respetable, y preguntándole quién era, respondió que hasta entonces habia sido custodio de aquel templo de S. Indalecio, y queriendo irse de aquel lugar con los monges, él tambien le acompañaria.

Dispertando Evancio con sumo regocijo, contó la vision al otro monge y al caballero D. García, y con ellos dió gracias á Dios que así mostraba el buen suceso que habia de tener su viaje. Luego mostraron á tratar de la cautela con que se habia de proceder en este negocio, y de los medios por donde se habia

de llevar á cabo. Confiólo García á dos soldados suyos, hombres de valor y prudencia, y al parecer destinados de Dios para esta empresa; pues ambos confesaron que en aquella misma noche vieron en sueños á dos religiosos que del mismo templo cavando sacaban el cuerpo de un Santo, y que ellos les servian en esto como pajes de hacha. Pasmado estaba D. García oyendo esta relacion, cuando de repente oyeron como á voz de pregon era congregado el ejército para ir sobre Almería. Y aprovechándose de la soledad en que quedaba el pueblo con esta ocasion, resolvió que estos dos soldados se quedasen guardando la puerta del templo, y un capellan suyo con los dos monges cavasen en el lugar señalado hasta encontrar las reliquias. Las cuales hallaron en un sepulcro de alabastro, y quitando la losa que lo cubria, salió de él un olor muy suave, y luego repararon en la inscripcion latina que habia en la parte interior de la piedra, y decia de esta manera: *Aquí descansa Indalecio, primer obispo de la ciudad de Urci, ordenado en Roma por los santos Apóstoles.* Impidieronles el proseguir su obra unos ladrones que en aquella noche se refugiaron en el templo; pero al otro dia la continuaron apoderándose de todas las reliquias que habia en el sepulcro, y retirándose con ellas á Murcia, cuando acabada la guerra acompañaron á esta ciudad á D. García. En ella se detuvieron algun tiempo, fuese por descansar de la jornada, ó por condescender con los ruegos de D. García, que hallaba gran regalo con tener aquel tesoro en su casa. Pero avisados por el mismo S. Indalecio, emprendieron su viaje, pasando por Denia, Valencia, Tortosa y Lérida, y llegaron al monasterio de san Juan de la Peña el dia 28 de marzo del año 1084, que fué jueves santo. Salieron á recibir las santas reliquias toda aquella comunidad y el rey D. Sancho y su hijo D. Pedro Sanchez, que allí pasaban, segun su costumbre, el tiempo santo de la cuaresma, de los cuales y del gran concurso de aquellos pueblos vecinos se formó una devota procesion, sanando repentinamente el abad D. Sancho con el contacto de las santas reliquias de una enfermedad incurable que padecia en el brazo izquierdo, y obrando nuestro Señor por intercesion de S. Indalecio otros muchos milagros.

Colocaron el cuerpo del Santo en una arca de plata adornada de piedras preciosas que mandó labrar el rey D. Sancho, la cual se puso en el cuerpo del retablo mayor, quedando descubierto en la parte superior de él á la vista de todos. Y aunque este sepulcro se fundió y se consumió con toda la plata y oro que habia en aquella casa en el grande incendio que padeció por

los años 1495, las reliquias quedaron intactas sobre las brasas, con señales de que el fuego las acometió, y les tuvo respeto. Y las volvieron á colocar en otra arca en la parte superior del retablo sobre el altar de S. Juan Bautista.

La santa Iglesia de Almería, y la de Zaragoza y Granada tienen reliquias de S. Indalecio. La de Burgos hace fiesta al Santo en el dia 30 de abril, porque en este dia recibió otra reliquia suya.

La Misa es en honra de S. Sixto, y la oracion la que sigue:

Suplicámoste, ó Dios todopoderoso, que en esta venerable cion y el deseo de nuestra solemnidad de tu confesor y vacion. Por nuestro Señor Jé- pontifice S. Sixto, aumentes en su- cristo, etc.

La Epistola es del cap. 6 de la primera del apóstol S. Pablo á Timoteo.

Carísimo: Nada hemos traído cerse caen en la tentacion, y en á este mundo; y no hay duda el lazo del diablo, y en muchos tampoco en que nada podemos deseos inútiles y nocivos que sacar de él. Pero teniendo ali- mergen al hombre en la muerte mentos, y con qué cubrirnos, y en la perdicion. Porque la estemos contentos con esto. Por- raiz de todos los males es la que los que quieren enrique- avaricia.

REFLEXIONES.

Habentes autem alimenta, et quibus tegamur, his contenti sumus: en teniendo con que remediar nuestra necesidad, y con que cubrir nuestra desnudez, estamos contentos. ¡Qué poquitos son los que toman el gusto á este lenguaje del Apóstol! ¡á qué poquitos acomoda esta doctrina! Mucho tiempo ha que el codicioso anhelo de las riquezas llena al mundo de infelices; de qué inquietudes, de cuantos trabajos es origen la codicia! Todos quieren vivir ricos, pero con la seguridad de que todos han de morir pobres; porque ¿qué es lo que se lleva á la sepultura?

¡Cosa estraña! raros son los que están contentos con su suerte. El que está muy elevado, todavía quiere subir mas. No hay en el mundo condicion que tarde ó temprano no canse, no fastidie; la mediana no satisface, la opulenta desasosiega. Crecen con nosotros nuestros deseos; cuanto mas se les sustenta, se muestran

mas hambrientos, mas insaciables. Es nuestra vida una interminable cadena de necias inquietudes; y por lo comun es nuestro corazon el mayor enemigo de nuestro sosiego. Esto convence claramente el vacio, la vanidad de los bienes criados. ¿Cuándo ha de llegar el caso de que aprendamos á tener juicio, alicionados en nuestra propia esperiencia?

Es innegable que los bienes terrenos solo se apetecen cuando no se poseen; en poseyéndose, luego fastidian. Hágase en el mundo la fortuna que se quisiere; solo se piensa en la que resta por hacer. Si salen desgraciadas las pretensiones, se irritan mas los deseos; si salen prósperas, se encienden. Tanta verdad es que nuestra ambicion es nuestro mayor tirano.

Quiérese hacer fortuna en el mundo; ¡pero esto cuántos desvelos, cuántas fatigas, cuántas pesadumbres cuesta! Es menester abrirse camino por medio de un monton de dificultades, de un tropel de envidiosos y de concurrentes. Preténdese ascender por la gloriosa carrera de las armas; mas para esto, ¡cuántos trabajos, cuántos peligros, cuántos sustos mortales se han de padecer! Y al fin, ¿cuál es el fruto de tantas fatigas? ¿corresponde el premio al trabajo? ¿esa fortuna vale por ventura lo que cuesta? Ascendiste al cabo á un grado en la milicia; es menester que descanses en él años y mas años antes de pasar á otro. El premio camina siempre con pasos perezosos; regularmente llega tarde; ¡y cuántas veces llega la muerte antes que él llegue!

Pero demos que sople tan favorablemente el viento de la fortuna, que lleguen presto los ascensos. ¿Estará por eso contento, se dará por satisfecho el corazon? ¡Ah, que la ambicion y la codicia crecen mas cuanto mas logran! El que se ve sobre un elevado monte descubre desde él mucho terreno; y olvidado de lo que anduvo y de lo que subió, solo piensa en el término adonde aspira llegar. ¡O buen Dios, y qué caro cuesta en el mundo el mérito, el derecho á un triste premio! ¡Y cuántas veces todo el premio se queda puramente en el derecho y en el mérito! ¡cuántos se ven arrojados fuera del camino de la fortuna apenas ponen el pié en él! Pero lléguese en buen hora al término; redúcese á un nuevo empleo, á un poco mas de renta, la que ya viene tan tarde, que apenas hay tiempo para gozarla.

¿Será recompensa muy sólida, será premio real, y que satisfaga, el que se lea su nombre en la gaceta, el hacer ruido en el mundo por algunos dias, el ocupar honroso lugar en la historia de su tiempo? ¿y qué otra cosa nos ha quedado de todos los héroes de los pasados siglos? *Periit memoria eorum cum sonitu.* Dignidades, empleos, distinciones, tesoros, grandezas mundanas,

todo nos abandona al ir á tomar posesion de la sepultura. A la verdad, servir con fidelidad, con zelo á su soberano, es mérito, ó puede serlo delante de Dios; puede uno ser santo en el ejército como en cualquiera otra parte; pero si ninguna tiene Dios en nuestros trabajos, ¿podemos esperar que nos lo premie? Siempre que se trabaja por la salvacion, se hace fortuna; pero nunca se hace cuando no se trabaja por ella. Tengamos continuamente en la memoria y en la consideracion este oráculo: *Nada trajimos á este mundo, y nada hemos de sacar de él.* ¡Buen Dios, qué remedio tan eficaz para curar la ambicion y la codicia seria esta verdad bien penetrada!

El Evangelio es del capitulo 10 de S. Mateo, y el mismo que el dia xxvii, pág. 442.

MEDITACION.

Del poco caso que se debe hacer de los desprecios del mundo.

PUNTO PRIMERO.—Considera que despues que los secuaces del mundo trataron tan mal á Jesucristo, sus malos tratamientos son preciosos, y sirven de mucho honor á los buenos. Nada honra tanto á los discipulos de Cristo, como tener parte en los oprobios de su divino Maestro. *Sabed, los decia el mismo Salvador, que si el mundo os aborrece, primero me aborreció á mi. Si fuerais del mundo, el mundo amaria lo que es suyo; mas porque yo os escogí de en medio de él, por eso os aborrece. Acordaos de lo que os dije: el siervo no es mayor que su amo; si me persiguieron á mí, tambien os perseguirán á vosotros.* Paréceme que esto es bastante, que es sobrado, no solo para consolar, sino para indemnizar y aun para recompensar con ventajas á los que el mundo desprecia. Ninguna cosa debiera parecer mas injuriosa, mas ignominiosa á un cristiano que ser estimado, honrado y aplaudido por aquel mundo que aborreció, desprecio y persiguió á Jesucristo; por aquel mundo que incesantemente se está oponiendo á su espíritu y á su doctrina. ¿Y qué habrá que temer de un mundo cuyas amenazas todas son vanas? Porque en suma, ¿qué daño nos puede hacer la mala voluntad que nos profesa? Pero aun son mucho mas frivolas sus promesas. ¿Será capaz de hacernos felices ni infelices un solo momento? ¿deberá darse crédito alguno á aquellos parciales suyos, que al mismo tiempo son sus esclavos? ¿hay siquiera uno que no esté quejoso de este imaginado dueño, que no confiese que es gran locura servirle, gastando la salud y perdien-

do la vida en servicio de un tirano, de quien al cabo solo se saca amargura, dolor y cruel arrepentimiento por haberle servido? Con todo eso se le teme, se le respeta, se le obedece, se condesciende con sus caprichos. ¡Puede haber mayor extravagancia, mayor locura de los hombres!

PUNTO SEGUNDO.— Considera qué es lo que podrá el mundo hallar que morder, que censurar en un hombre virtuoso, en un verdadero cristiano, sino que sea el que sirve á su Dios con puntualidad, y que antepone el servicio de Dios al servicio del mundo. Con efecto, le censura de que obedece ciegamente la ley del soberano Dueño del universo; de que huye de todas aquellas diversiones en que corre peligro de padecer funesto naufragio la inocencia. Censúrale de que se retira de todos los espectáculos profanos; de que se escusa de todo convite licencioso; de que es recto, sincero, regular, humilde, modesto, amigo fiel, pronto á perdonar por amor de Jesucristo las mas atroces injurias. Censúrale de que con mucho juicio y prudencia prefiere la doctrina de Cristo á las insensatas y perniciosas máximas del mundo. En suma, nótale y le murmura de que haga en vida lo que á la hora de la muerte le llenaria de desesperacion si no lo hubiera hecho. Esta es la materia de las quejas del mundo, y estos los motivos de sus imaginarias desgracias. ¿Un hombre de juicio, un hombre de bien y un hombre cristiano deberá hacer mucho caso de tan injustos desprecios? Ninguna cosa honra tanto á un verdadero cristiano, ninguna acredita mas su rectitud, su bondad y su buen entendimiento, como el ridículo desprecio que hace el mundo del sólido y verdadero mérito. ¿Y en vista de esto, será razon temer lo que podrá decir el mundo? ¿será razon hacerse eternamente infeliz, y condenarse por el necio miedo de no merecer la aprobacion, y de perder la despreciable gracia del mundo?

¡Ah, Señor, demasiadamente he sido hasta aquí el juguete y la burla de mis vanas ilusiones en este importantísimo punto! Pero confio en vuestra misericordia infinita me hareis la gracia de que me ria en adelante del menosprecio de un fantasma de amo imaginario, y que haga burla de él en lugar de que él la haga de mí.

JACULATORIAS.— Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo habeis de amar la vanidad, y correr tras la mentira? (*Psalm. 4.*)
Vanidad de vanidades, y todo vanidad. (*Ecc. 1.*)

PROPOSITOS.

1 Es cosa bien estraña, que todos convienen en que el mundo es un embustero, y todos se fian de él. Tiénense continuas esperiencias de que solo sabe hacer desdichados; y con todo eso todos se apresuran, todos se exhalan por entrar en su servicio. Acaba de desengañarte de una vez para siempre de este enemigo de nuestra quietud y de nuestra salvacion; pero no quede el desengaño en mera especulacion, redúcele á la práctica. Huye de las concurrencias grandes del mundo; y cuando la necesidad te obligue á asistir á ellas, sea siempre con precaucion, como quien entra en país enemigo. Retírate de los concursos mundanos, de aquellas peligrosas diversiones en que la profanidad hace ostentacion de lo mas engañoso que tiene. Por más instancias que te hagan, no asistas á ellos mientras no estés bien persuadido á que no sentirias te cogiese la muerte en medio de esos espectáculos.

2 A ninguno faltan salidas y razones para escusarse de entrar en un negocio que prevé no le ha de tener cuenta. Pues válete de las mismas para negarte á los saraos, á los convites, á las fiestas profanas, en que la razon, la religion y la esperiencia te enseñan que siempre padeces considerables pérdidas. No te dejes arrastrar hácia el precipicio por una mala vergüenza, por un ridículo respeto humano. No digas *yo estaré prevenido*; y ten presente en la memoria aquel oráculo infalible: *Quien ama el peligro perecerá en él.*

DIA XXIX.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES JONÁS Y BARACHISO, en Persia, en tiempo del rey Sapor; á Jonás lo pusieron en una prensa en donde le apretaron hasta romperle todos los huesos, y partido en dos pedazos; á Barachiso le ahogaron echándole pez ardiendo por la garganta.

SAN CIRILO, diácono, y mártir en tiempo de Juliano apóstata, en Eliópolis junto al monte Libano; á este Santo le abrieron el vientre los gentiles, le sacaron el higado, y se lo comieron como bestias carniceras.

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS MÁRTIRES PASTOR, VICTORINO Y SUS COMPAÑEROS, en Nicomedia.

LOS SANTOS CONFESORES ARMOGASTO, conde, MASCULA, maestro de